



FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes. — Precios de suscripción: En
Burgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado.
Números sueltos diez cents. — Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Febrero 22.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 48.

EL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XIX.

Que por mas señas lleva el número del siglo
presente.

—¿Con qué salisteis, buena mujer, de la Ciudad? dijo Don Quijote.

—En resolución, contestó la anciana, fué acordado que pasásemos por el corredor de la galería alta del palacio á la casa inmediata, la Esperanza y yo, por evitar los ruidos que pudiesen ocasionar sucesos tales; y tras largas horas de cansancio y de fatiga dimos al fin la vuelta á la aldea, en donde se determinó, apenas fué sabido el comportamiento del señor de los dineros, el abandono de los terrenos todos que frutos tales dan al mundo. Tal es, señores, en pocas palabras, la historia de estos sucesos lamentables.

—Por vida mia, dijo Sancho, que es la leyenda de estos tiempos la del Hijo Pródigo, ni mas ni menos, que enseñaba el cura de mi aldea; y no hay mas sinó esperar á que el chico, despues de haber guardado inmundos animales por correr á sus anchas, vuelva muy bien escarmentado á la casa de sus padres.

—¿Y en qué lo conoció su merced?
preguntó la anciana.

—En que no hay modo ni manera de hacer entender á estos pecadores como las cosas todas viven en lo alto y no tienen la tierra sinó por peana, y breve harto, desde la yerba al árbol y del animal al hombre, y es su tomar el rábano por las hojas muy satisfechos. Y reirse de creéncias y conténtarse con juguetes llaman sabidurias.

Y yo os añado, buena anciana, interrumpió Don Quijote dos solas advertencias; y es la primera, que, siendo, como lo es, todo verdadero derecho de propiedad sagrado y respetable, siempre y por siempre ha de ser obedecido y conservado. La se-

gun la es estotra: que no debien lo persona alguna enriquecerse á costa de su prójimo, ni parecieron jamás bien la continua holganza, todo señor que lo fuere de terrenos deba cultivarlos vivien lo al frente de ellos; y si esto no le viniere en vocacion ó conveniencia, y diérellos á renta de colonos, pague y peche duplo que los demás en beneficio del Estado; con prohibicion absoluta y perdurable de imponer á colonos pago de tributos, que sólo pesan y pueden pesar sobre terrenos que no sobre hombres; pena de prescripcion á favor del fisco por falta del necesario justo título transferente de dominio que fué y será el trabajo.

Con esto despidiéronse Caballero y escudero de los aldeanos, quedando éstos y aquéllos en darse mútuas noticias de los ya prósperos ó tristes futuros sucesos.

—Y por lo que á mi atañe, toca, hace y pertenece, dijo Don Quijote, no hayais, la buena anciana, duda ni zozobra; que la fama sonora de mis fechos y aventuras os dirá donde quier mi paradero.

Y subiéndolo el de la Mancha sobre Rocinante y Sancho sobre el rucio tomaron una senda que á lo lejos iba á dar al franco y ancho camino que anteriormente habian comenzado.

—No hay más aquí, dijo Sancho, sinó que el rústico fuese en compañía del gordo sugeto de la aventura.

—Hablas como un libro, dijo Don Quijote.

—Si el libro lo es y no libre, ó liebre, dijo Sancho; que debe haber ahora muchos de ellos.

—Ahora es tu hablar mas y mejor, repuso Don Quijote; empero te advierto como á obras con otras obras se contesta, que no con pasa-calles.

—No ha de enojarse su merced por un daga las pajas, replicó Sancho, sino que su señoría debe estar escarmen-
tado.

—Querrás, por acaso, hablar, contestó Don Quijote, de la turba multa de mis anotadores, comentadores, explicadores, aclaradores, exploradores

y demás gente divertida; pues decirles háas, buen escudero, así que la ocasión séate propicia, como en mí no hubo sinó vocacion para la perin-culita orden que profeso, y no hay vestirme ni armarme por antojos, ni menos levantarme falsos testimonios. Andante yo nací de los campos de la Mancha, que no teutón, ni oráculo, ni médico ni boticario. Y soy caballero de los que á sus aventuras van, cual todos los del orbe; y tu eres Sancho Panza, que no griego filósofo, pues largá tu progenie es para asunto tanto; y és quien és Dalcinea y cual serlo debe, así como los Duques, mis señores, el Cura y el Barbero y Sansón Carrasco. Ni demasiado escar-bar que es barajarme.

—En todas partes cuecen habas, dijo Sancho; y créeme ha la su merced que todo está en ser cada uno lo que debe, y decir del pan, pan, y del vino vino sin mas baratija; que es gran mérito.

—¿Qué habas son esas que cueces?
preguntó Don Quijote.

—Cocidas éllas ya están, añadió Sancho, que yo no cuezo; y las armas y las letras que discurren, que no lo entiendo.

Conoció al punto Don Quijote la malicia de Sancho, mas la noche sobrevino y con élla la necesidad de procurar un puerto de descanso; y así dijo.

—La oscuridad harto crece, Sancho, refresca el aire y levantándose van los rumores hijos de la tiniebla; mayor parece el ave nocturna adusta y melancólica, rodéamos el quebrado vuelo del murciélago, crece el eco del río, murmura la selva y toman humanas formas los jarales.

—Bien estábamos en compañía de los aldeanos, contestó Sancho, y no por estas quebradas rocas y despeñaderos aliento de malhechorés y grutas de bandidos asesinos.

—¡Ellos que apareciesen! exclamó Don Quijote; ¿ni para quién sinó los andantes caballeros? Que, en toda verdad, fué su cotidiano caminar por sitios y lugares á estos semejan-

tes y no por donde necesario no sea su ministerio. Y de esta suerte aconteció el encontrar ellos huérfanos desamparados, doncellas menesterosas, viudas necesitadas, desmandadas esposas; gigantes ocultos, y no por ello menos dañadores, sin contar los monstruos y los endriagos.

—Sangre, señor y amo mio, muestran estas peñas, según se puede conocer á la luz de la Luna, dijo Sancho medroso.

—¡Toma y si será como lo dices! contestó Don Quijote. Y lo que debes hacer, sin mas demora, es apearte del rúcio y ver el rastro de ella á donde te conduce.

—Diligencia toda vana, contestó Sancho; por cuanto el que tanta ya derramó cual la que se observa de poco perjuicio ya podrá servir á la familia de los hombres.

—Filósofo no hay tal como el miedo, replicó Don Quijote; y sobre todo, ingenioso. Por esa misma razón, pues Sancho, apea de ese tu rúcio, al cual así te clavas como si entrambos á dos formáseis una sola pieza.

—De mas está, y créerme ha su merced, prosiguió Sancho, esa diligencia, pues rueda el rojo color del líquido la peña abajo y no hay poder descender por ese barranco que se pierde en lo profundo entre malezas.

—Porque no sabes la industria, respondió Don Quijote, de experimentados caballeros para estos casos. Liga, Sancho, entrambos los corvejones á Rocinante, que yo iré delantero en nuestra bajada á este gran pozo, mientras llevas tu del morro á mi caballo.

—¿Y el rúcio? preguntó Sancho.

—No hay contar con él, ni temas se despeñe, pues es asno, dijo Don Quijote.

—¿Y no ve su merced, prosiguió Sancho, como no puede caminar en modo alguno por esta enredada pendiente de espinos, zarzas, robles y jarales, que no parecen sino la entrada al mismo averno?

—Baja y calla, dijo Don Quijote, que me parece grande esta aventura, y no como tú dices.

En esto batieron diferentes buhos sus pesadas alas y diéronse á huir á saltos por la espesura con sus chicheos y maullidos entrecortados, y Sancho dió en el suelo cuan largo era.

—¿Hundiste en los antros insondables? interrogó Don Quijote, que muy bien ser pudiera.

—¿Pues si eso sabe su merced, contestó Sancho todo contrahecho de su caída, qué diablos de aventuras ni de antros?

—Achaque de necios son rutinas, replicó Don Quijote, pues si prudencias son en todo tiempo necesarias, ellas no excluyen heroísmos, bien que estos solo atañen á levantados corazones; pues á camino de virtudes verdaderas no hay poner tasa.

Ve aquí, Sancho, que bajo el ateizado rostro salvaje y arisco, y el taimado y gigante ropaje de esta honda selva lleguemos á tropezar con la enroscada boca de alguna sima interminable, y ella nos guie y conduzca á la oficina dó se engendran el volcan y el terremoto.

—¿Ni qué diablos tenemos que ver con esos señores? exclamó Sancho. ¿Vivir hemos por ellos ó con ellos? Y bien se están San Pedro en Roma y lagartos en sus cuevas. Miren y que desaguisados hay aquí que remediar, ni guisados que componer.

—Bien se te conoce ahora, añadió Don Quijote, como no eres armado caballero de mi nombre, pues si lo fueses sabías á mas de conocer y sentir como el toque de la filosofía aventurera está todo en estos trances en que nos estamos andando por entre las pavorosas sombras de la noche.

—Andará la su merced, interrumpió Sancho; que yo aun no he logrado enderezarme, y la gana me concluyen los saltos de las ardillas y los ojos alumbrados de gatos monteses y lechuzos.

Y el filosófico toque, porque bien lo entien las, continuó Don Quijote, no está en saber y contar lo que todos dicen y se saben, sino en salir en aventuras á mas no poder aun por los mismos cerros de Úbeda, que fuese necesario. Y este es científico colmo y ápice-caballeresco. Y ante todo golpe y estrépito digno de alabanza sempiterna estaría el poder yo decir como toda esta tierra que pisas no fué en su principio mas que un huevo, un si es ó no es crecido, que un gran avestruz, ú otra alguna ave atróz, quiso dejar, ó dejó caer sobre el Océano, y quedó por las aguas sobrenadando. Bien podría ser tambien este orbe en que habitamos una nebulosa estrella brincada de lo alto y apagada despues por haberlo así ella tenido por conveniente; y aunque pudieras responderme que lo no luminoso no es estrella, yo te estrellaría con responder, ó que la luz guarda la tierra allá en lo mas recóndito de sus entrañas, ó es apagada y enfriada estrella, pues haberlas así puede frias como calientes.

—¿Y quién habria de convenir en

lindezas tales? preguntó Sancho, levantándose.

—Todo el que tuviere ojos en su cara creería, replicó Don Quijote. ¿Pues, qué te parece, ó gran ignorante, que son estas montañas sino arrugas del pellejo de la tierra, que hubo de sobrarla en cuanto se encojió por su tardo enfriamiento?

—Eso sí, dijo Sancho; que Juan Cecial el hermano de Tomé el escudero del Caballero de los Espejos, añadabase sobre el medio de la tripa su pellejo sobrante, haciendo dos cabos, uno de cada un lado de su vientre; y todo por haber adelgazado.

—Auto en mi favor, continuó Don Quijote; por lo cual considero grave y venturosa aventura esta que ha de conducirnos al mismo centro de este mundo; bien entendido, que con una sola piedrezuela, ó puñado de tierra que yo topare, he de poder darte como en bandeja el origen y medio y fin de todo el orbe.

—Si que por el hilo sale el ovillo, dijo Sancho; y á quien bueyes ha perdido cencerros se le antojan; y no con quien naces sino con quien paces; y tal para cual la pollina y el costal.

—Porque, has de saber, ó valiente escudero, como la poesia y la lícita imaginacion jamás han de perderse, ni alejarse siquiera de los hombres, por ser naturales dones de la adorable Providencia, por mas que trabajaren las gentes en menospreciarlas ó perderlas; y así como el desalocado busca casa necesaria dó aposentado viva, que no á la ruda intemperie, no de otro modo el Arte desamparado cobijado se há, sin que lo adviertas, en el alcázar de la actual humana ciencia; y á esta habrás, por ahora, de acudir si novelares, como así lo debe hacer todo buen andante caballero.

—Lo primero, dijo Sancho, es que su merced no me imponga motes, que en lo demás todo está en buscar á Pedro en casa de su suegro, ó en la de su madrastra y el nombre la basta.

Fué el pronunciar Sancho estas palabras el continuar la cuesta abajo, y principiar la bajada como darse á rodar por la pendiente, y el querer socorrerle Don Quijote así cual despeñarse con Rocinante, que el rúcio con su cabestro fué y el cabestro con Sancho.

—¡San Pascuál! exclamó allá en lo hondo el escudero.

—¡Sancho Panza! gritó en lo profundo Don Quijote.

—Con la yema del huevo dimos, añadió Sancho.

—¿Qué yema, ni que diablos,! respondió Don Quijote.

—La de ese avestrúz que dijo su merced poco há, contestó Sancho, que la clara debemos haber traspasado sin remedio.

—¡Pábraro de tí! continuó enderezándose Don Quijote, ¿pues dónde crees que te encuentras?

—Como al otro lado de la tierra, si ella es redonda, contestó el escudero.

—¡Así estuvieras seco si así fuese! replicó Don Quijote, y bueno es que lo adviertas.

—No entiendo esas humedades, dijo Sancho.

—¿Pues no ves, gran majagranzas, como para salir al otro lado de este mundo debieras haber enhebrado por todo el fondo de los mares cuya nata son nuestros antípodas?

—No podan pero machacan, dijo Sancho; y en lo de mojado así mi ropilla está cual sálida de río.

Acercóse sobresaltado á Sancho Don Quijote y notole ciertamente humedecido; y por lo que la difícil luz de la Luna entre las malezas manifestaba el líquido era sangre. Azorose el caballero y requirió al punto su espada; y apenas hubo andado algunos dificultosos pasos el bufido sintió de los chacales y el pesado y torvo vuelo de las aves de rapiña.

—¿Dónde su merced vá? preguntó lloroso Sancho.

Y parose Don Quijote ante dos humanos cadáveres horriblemente golpeados, en los cuales á costa de vueltas muchas hubo al cabo de reconocer al rústico de la pasada refriega como al gordo sugeto del paráguas.

—En esto á parar vienen, pensó Don Quijote, guerras interesadas y asechanzas; y despeñáronse entrambos por venganza el uno cual por codicia el otro. Así acabó el de los dineros.

—¿Qué topó pues la su merced al fin y al cabo? dijo Sancho.

—La boca de ese averno que te dije, contestó Don Quijote; y écha buen escudero por esotro lado porque en él no cáigas.

—Y así es el hacer en estos casos, dijo Sancho, que no son, ni han de ser hazañas temeridades.

—Ni han de quedar rastros ni señales de esta nocturna aventura, continuó severo Don Quijote.

Y obligó al escudero á que trocase su ropa con la del repuesto que conducía en las alforjas.

—Mira al lejos, Sancho, continuó

Don Quijote, y verás una luz que debe ser majada de cabreros.

Y silenciosamente siguiendo la línea baja de aquel valle, y subiendo mas tarde la ladera llegaron al sitio amo y servidor en que ondulantes llamas alimentaba gran porción de ñudosos y fragantes troncos; y no muy lejanas, á la redonda colocadas, aparecieron carretas varias de las que los serranos para sus viajes se construyen y preparan; de esas que gimiendo por montes y por páramos se quejan á voz en grito de su menguada suerte y malandanza.

Nadie estaba á la sazón en la majada, pero al punto tomó posesión de ella el Caballero, bien sabido que la marcial andante Caballería tiene por todo lo criado derecho al hospedage. Callaba Sancho, y no profería palabra alguna el de la Mancha; mas luego apareció un hombre de franco y moreno rostro de no estatura alta y firme paso. Cubríale la cabeza grande y alado sombrero redondo; llevaba chupa parda, cortada como á bocados en derredor del talle, cuyos cortes faltas y sobrepuestos estaban bordados á cadeneta por hilos de colores; el cinto de cuero, mermado el calzon, y los era ojales del vestido entero, así como los botones, todos de sobra, pues ni unos ni otros sirvieron jamás para su objeto natural sinó de adorno y de colgantes. Rompió, pues, el silencio Don Quijote de esta manera.

No os sorprenda, señor castellano, la desusada libertad que con mi buen escudero me he tomado, porque recordar há vuestro mucho entendimiento, no menos que la memoria vasta, el fuero y derecho de la andante Caballería, que así puede entrarse de rondón en castillos de feudos como en chozas de pastores. Y esto es y debe ir de esta manera por necesidad y por justicia; pues, no siendo el que á sus aventuras va sinó de carne y hueso, bien que solo por rudo medio transitorio, puesto que el alma suya no halla ámbito bastante que la contenga en el orbe todo, todavía ha de guiarse de las indemnencias del tiempo. Lo cual bien prueba esta humana mezcla de esencia y forro, siendo, como lo es el hombre soplo y aliento del Criador en caja de lodo contenido y encerrado.

—Baboso caracol de flores y verduras, porque su merced lo comprenda, con la casa de cal acuestas, dijo Sancho.

—Ninguna cosa se me alcanza, dijo el mayoral, de cuantas sus mercedes

han relatado; mas eso no quita que se sienten los pasajeros á la lumbre, que fuera mejor si élla sirviese para condimentar y cocer cena abundante; mas, ya es tarde y pasada la ocasión de la tal cosa.

—¿Luego cenantes ya vos? preguntó Sancho.

—En toda verdad, dijo el mayoral de las carretas.

—Algo diera yo, repuso Sancho por haber mermado bastante de vuestra priesa, pues es sabido que cenar tan pronto es menguada costumbre de villanos.

—Bien pudiera éllo remediarse, dijo el mayoral, conque vos, señor Caballero, sacaseis de vuestra alforja lo que conviniese á saciar el apetito; pues ha de saber su merced que la cena serrana antes sirve para limpiar la boca y el estómago y disponer para su objeto que no para cumplirle.

—¡Miren al dotor! exclamó Sancho, ¡y el corte de manga! Pues, os hago yo agora entender, señor mayoral, como con una cena serrana tienen para comer un caballero andante y su escudero una semana entera, y con los relieves, que son recuerdos de lo comido, para cenar otra semana y media; que tanto como todo eso usa y gasta de delicadeza este gran oficio, el cual en pocos dias vuelve y transforma al mas grueso y fuerte hidalgo en cristal de farol ó tela de cedazo. ¡No sinó venirme con lindezas y asomos de repulgado!

—No haya mas; dijo Don Quijote ya apeado de Rocinante y asentado sobre un leño al amor de la lumbre.

—Aqui teneis, señor mio, continuó Sancho, un caballero andante que mil veces ha dado petardo y chasco al hambre misma, y solo es su mantenerse de memorias y recuerdos y pensamientos, nuevo género de invención espanto de gentes. Con una docena de suspiros y una onza de recuerdos es capaz de pasarse todo un año, sin otra vianda, y eso con mas filosofías que Raimundo Grullo.

—Quita esas grullas á ese Raimundo y pónselas á Pero, interrumpió Don Quijote.

—Ni quito ni pongo, mas ayudar quiero, replicó Sancho, á quien es menester por obra piadosa.

Llegó en esto el rabadán de la inmediata majada á avisar al mayoral de la carretería como habia vuelto Mauricio de la Corte y traía grandes y muchas nuevas que referir, y estaban ya esperando reunidos en lo alto del collado los pastores y zagales.

—¿Quién, pues, es ese Mauricio? preguntó Sancho.

—Es un nuestro compañero, respondió el rabadán, que viene del servicio de las armas, cumplido ya su deber, y há días le estamos esperando.

—Digo que al punto partamos á escuchar sus aventuras, prorrumpió Don Quijote, pues tan noble profesion como la que ese Mauricio que decis ha ejercitado no puede menos de saber y traer historia de grandes acontecimientos; que las armas son heroica carrera engendradora de magnánimos y bravos corazones; y á ser esta la ocasion propicia yo manifestaría agora el incomparable mérito y valor de su sociabilidad y abnegacion, no menos que la necesidad de sus servicios en beneficio del Estado.

Y dejada la carretería al cuidado de un vigilante, fueron todos cuatro interlocutores adonde con tanto deseo estaban á la gente de los campos esperando sus fieles compañeros. Y en breves pasos llegaron á la majada que roncós, pausados, valientes y leales defendían los poderosos mastines, los rugosos, gruesos cuellos adornados de ruidosos collares de aceradas y espesas puntas revestidos; y dentro de las redes reposaban confiados los rebaños al doliente, escaso y salteado son de sus cencerros y al incesante rumor de su tos y de la rumia. Así fué juntarse unos y otros boyeros y pastores como abrazarse tierna y alegremente de la sencilla y natural manera de las enredaderas de los campos.

Erase la choza de la majada de piedra y lodo construida en su mas baja parte, que despues todo su círculo trazaban fuertes cámbrios de ingenioso y docil ramage entretejidos, y lo alto del cono que formaban dejaba buen espacio por dó saliese la columna del humo de la lumbre que el centro de la estancia contenia. Al rededor del fuego eran las camas sobre ahorquilladas estacas sustentadas, así lechos nocturnos cual ámplios mullidos asientos durante el día.

El entrar de la agreste comitiva al envidiable y rústico aposento fué el marcar á cada cual su lugar correspondiente; y el primero, en verdad, no lo fué para Don Quijote, sinó para el mas anciano, por lo cual dijo el andante caballero.

—Clases y categorías, amigos, han los hombres, mas es primera de todas salvo que sea el sagrado sacerdocio, la natural categoría prescrita por los

años; la cual, si otra cosa consigo no llevase, aun tendria en su favor la sabiduría incomparable de la experiencia, ciencia enseñada por el libro de los tiempos; y signo palpable de decadencia de los pueblos ó naciones es el menosprecio de la vejez ó la falta de respeto á las canas venerables. De estas, digo, debe ser el gobierno de los hombres si no han de dar en profundas lágrimas las gobernadas gentes; que es la senectud alto páramo de la difícil existencia dominador de la revuelta senda de la vida, cercano á la bóveda del Cielo; sede ante la cual en su tal disminuir casi desaparecen los pequeñuelos conjuntos y reducidos espacios que llaman por el uso de los hombres cortes y regiones las humanas ciencias y las letras.

—Mucho hay acerca de edades que decir, exclamó Sancho.

—¿Cuánta ó cuál es la de su merced? preguntó el anciano.

—No es mi poder hablar muy fijamente, contestó Sancho; mas élla se debe agora andar por los treientos años, dos mas ó menos.

—Matusalen bendito! exclamó levantándose el anciano.

—Asiéntese su merced, dijo al anciano Don Quijote, que no hay porque se levante de su justa presidencia.

—Cierto que así debe ser, continuó Sancho, pues esos treientos años hay que borrarlos todos menos unos cuarenta.

—¿Qué entonces se hizo su merced de los demás? interrogó Mauricio.

—Estuve, dijo Sancho, avecindado en Bábía, que es país sobre todos por lo poblado. Y aún no sabe bien su merced cuan numeroso y rico sea el tal vecindario. Conque allí pásase el tiempo todo en niñerías por lo que no son de contar sus años por experiencia. Y los mas se andan en sueños, de riquezas éste cual el otro de ambiciones, y el de mas allá en holgazanías sensualidades. Y por todas partes hay mirar menos adelante.

—Quien es su merced, dijo un pastor, es Sancho Panza, cual este armado caballero es Don Quijote, que bien á entrambos conozco cual lo verán voacédez en este instante.

Y sin mas ni menos comenzó con gran donaire á referir en romance de ocho sílabas, gallardo cual sencillo, la vida y hechos del Hidalgo de la Mancha.

Porque han de saber sus mercedes, continuó el mozo, como no es pastor el que no sabe de romances, mas no coplas, que no hay confundir uno con

otro; que es el antiguo romancear en estos campos como cántico natural, que hasta escucharle parecen los rebaños, y acompañarle con sus sonos los vientos y los rios, y los árboles con sus sonajas y con sus campanillas los ganados. Y el estar aquí agora en nuestra compañía el señor Don Quijote con Sancho Panza su escudero es por aquello que dice el verso:

Los tiempos se van y vienen
Al voltear de la tierra,
Que la tierra en ejes posa
Sobre los cuales da vueltas.

Parece que se van unos,
Mas no se van, que se quedan,
Y uno es que rueda la bola
Y otro que tú no lo adviertas.

Noches y días la traen,
Días y noches la llevan,
Que son los pasos del tiempo
Días y noches alternas.

Tras años mil vuelve el agua
Por dó solia en la tierra,
Y es que no corren las aguas
Es que sus corrientes ruedan.

Mira al Cielo, no mareés
Al voltear tu cabeza,
Que el Cielo es tapa redonda
Conque esta caja se cierra.

—¡Vive Roque, (exclamó Sancho) que es el castellano romance verso de versos, ni háy quien puede irle á la mano en competencia, y que dió en el hlto que no hay volvérselas al cántaro!

—Mas para pocos está el *quid* de ese Romance, exclamó Don Quijote, segun debe ser profundo, rico, sustancioso, variado, sonoro, fácil y ameno; advirtien lo, Sancho, que tan galano es para gratos y sencillos asuntos cuanto robusto, magnífico é imponente para la mal estudiada Epopeya.

Mas de aquí salta el Bachiller Avellanado á otro capítulo.

~~~~~  
*Los Automatas italianos* son un espectáculo ingenioso que debe llamar actualmente la atención de esta Ciudad. Sentimos la escasa concurrencia de las últimas noches, y que el público, por el pequeño coste de entrada fijado, no favorezca mas al autor de esta curiosa novedad.

~~~~~  
El incansable editor D. Carlos Bailli-Baillere ha publicado la segunda edicion del *Anuario-almanaque del Comercio*, libro ansiado y de grande utilidad. Recomendamos eficazmente este volumen hijo de penoso trabajo que honra y perpetuará el nombre del ilustrado autor—Santa Ana—10—Madrid.

~~~~~  
El público amante de la elocuencia, de la erudicion y de la piedad, que lo es el de Burgos, debe asistir los Domingos por la mañana y Viernes por la tarde á la Catedral y San Gil á oír al inestimable Sr. Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana. Nos complacemos infinito en rogar á nuestros lectores para tan alto objeto; no serán defraudadas sus muy grandes esperanzas.

~~~~~  
Imp. de la viuda de Villanueva.